



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12770

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 6 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

SOCIEDAD PROGRESIVA

CARTAGENA

BANCA — CAMBIOS. — DESCUENTOS. —

VALORES PÚBLICOS. — CUENTAS CORRIENTES

CAJA DE AHORROS

Con 5 O/O de interés anual

Plaza de Castellini, hoy Mariano Sanz, 10, bajo.

Matanza de cristianos

Indigna, pero avergüenza mas. lo que esta sucediendo con los destituidos cristianos de Armenia. El estado presente de aquellos infelices no constituye una excepción; es casi el estado habitual. Con frecuencia que espanta, sirven para que sacie en ellos el barbaro turco sus odios legendarios, que no se deliegan ante los seres indefensos; al contrario, los excita. No hace mucho tiempo fueron objeto de atrocidades increíbles; amenazados por las afiladas guarniciones; huyeron desparavidos buscando asilo en el hogar, en el templo, en los propios domicilios de las autoridades; pero ante nada se detienen los asesinos; el hogar era profanado; el templo era entregado a las llamas y las autoridades se cruzaban de brazos aplaudiendo la vez en su interior el atropello de las victimas que eran inmoladas dentro de sus mismos palacios. El caso se repite ahora; una nueva explosión del odio turco ha producido nueva degollina; las gentes corren desoladas buscando refugio; pero donde piensan encontrarlo, allí surge la horda feroz asesina.

Eso pasa á las puertas de Europa, en la vecindad de naciones cristianas alguna de las cuales tiene el protectorado de aquellos infelices; pero esa proteccion es tan nula... como que esta neutralizada por los matitos reos que permiten que a estas alturas de la civilización haya en plena Europa un Estado que se regocija con las matanzas de cristianos si es que él mismo no las estimula!

Leyendo los despachos que llegan de Oriente, se experimenta indignación, pero se siente más vergüenza. Esos despachos dicen que durante el pasado mes han hecho los kurdos tal carnicería, que espanta la cifra de los sacrificados. No baja esta de quince mil personas.

Al menos los hombres se defienden. Al golpe contestan con el golpe; al odio con el odio; la vida que les roban, la vengán arrebatando la suya al enemigo; pero los inocentes niños, los pobres viejos y las indefensas mujeres, degollados, desmembrados, quemados en montón, piden venganza, mejor dicho, justicia: la que debe imponer la población civilizada á la que forcejea resistiéndose á entrar en el camino del progreso.

Hora es ya de que acaben esas escenas de barbarie; hora es de traducir en actos la misión civilizadora á que vienen obligadas las naciones cristianas. Un deber de humanidad lo ordena y la prensa de Europa lo propaga excitando á la intervencion.

Los grandes periódicos de las grandes potencias comentan las matanzas de cristianos y piden con urgencia la intervencion de Europa. Un diario alemán—«Volk Zeitung»—asegura saber por conducto autorizado, que las matanzas han sido ejecutadas con anuencia del gobierno turco.

Y dice más aún: afirma que el sultán de Turquía esta preparando una nueva y general degollina de armenios, pues esta decidido á aniquilarlos totalmente.

Los súbditos de las naciones europeas residentes en aquel territorio, viven faltos de seguridad, sin otra defensa que la que puede darles el revolver, en el caso de que la ola de barbarie que se enseorea del país intente arrebatárselos. Lo que sucede en Armenia es vergonzoso; muy vergonzoso, si, por que de ser más humanitarias las naciones y menos envidiosas, hace tiempo que habría dejado de codearse con el mundo culto ese Estado salvaje que se llama Turquía.

Una nota de la información: «Desde San Petersburgo anuncian que los ruses han destruido numerosos torpedos flotantes instalados por los japoneses con objeto de hacer imposible la navegación por la rada de Port Arthur.»

«En qué quedamos? ¿Port-Arthur se rinde á los japoneses? Pues si es ruse ¿cómo han podido poner torpedos los nipones? A no ser que sea por el gusto de volarse ellos mismos, cuando llegue el momento del ataque por mar, no lo comprendemos. O no lo entendemos. O no lo entiende quien puso el telegrama, que será lo más cierto.»

Raisuli, el célebre bandido que lleva de cabeza al sultán de Marruecos y á su ministro Mahomed Torres, va á ser indemiado del castigo que le impuso un bajá por ciertas fechorías.

Ahi tienen ustedes á un bandido que se ha hecho hombre secuestrando gente. Si no se muestra á Perdicasa hubiera seguido ignorado.

Pero le echó la zarpa y ahí lo tienen netos imponiendo la ley á su soberano y hablándole de tó.

Después de lo ocurrido, cualquier día vuelve á meterse á la Asia con Raisuli.

Al contrario, le tendrá contento para que no le cree conflictos con los extranjeros.

Y de vez en cuando le enviará un regalo. ¿Lo que es tener la sartén por el mango!

TIJERETAZOS

«Las Noticias» de Barcelona denuncia el hecho de haber sido sacrificado un caballo loco en un matadero clandestino y de haberse repartido su carne varios industriales para venderla al público.

Tres vacas tísicas han corrido la misma suerte.

No es caso raro, pues es sabido que hay industriales que no tienen conciencia.

Lo raro es que las denuncias no las oye quien debe escucharlas.

Y si las oye, hace oídos de mercader, poniéndose á la altura de los industriales que venden caballo loco por carnero y vaca tísica por ternera sana.

Y á la higiene que la parta un rayo.

Y el que se muera que lo entierren.

«De todas las poderosas compañías inglesas, una sola se negó á formar parte del «trust», la Cunard, que, inmensamente rica y extraordinariamente próspera, se situó con fuerzas suficientes para luchar contra él, manteniendo así la libertad de la competencia.

La hegemonía de la casa Cunard salió de aquella prueba con notoria ventaja. Bien pronto la mayoría de las demás compañías inglesas se agruparon en torno suyo, y lo que América no pudo realizar, ella se propuso conseguir.

De esta situación nació en Alemania, Francia, Bélgica y Holanda la necesidad de una estrecha alianza contra el adversario común.

Momentáneamente reconciliadas ante un peligro tan inminente y más grave aún que el del «trust» americano, las compañías de Hamburgo, Rotterdam, Amberes y las francesas, han establecido de común acuerdo un precio de pasaje infinitamente inferior á los de la compañía inglesa, que pensando con verosimilitud, disminuirá en seguida los suyos.

Las consecuencias de esta decisión no se verán tan claras é interesantes en el movimiento de viajeros como en la agrupación comercial que ocasionará.

Entre la Gran Bretaña y el continente, la competencia se presenta con absoluta franqueza.

La rivalidad encarnizada que dividía recientemente á los navieros de Hamburgo y Hambroes parece calmada, para dar origen á una especie de convenio y de «Zollverein» amenazador, en el que los intereses continentales aparecen próximos y conexos, hasta el punto de ocasionar la adopción de una medida de defensa idéntica y simultánea en cada uno de los grandes puertos del Norte.

De forma que el «trust» del Océano, convertido en «trust» de la Compañía Cunard, ha visto levantarse contra él á todos los que intentaba aniquilar.

Además, aquí mejor que en cualquier otro caso, el «trust» ó absoluto dominio estaba inevitablemente destinado á un completo fracaso, porque el valor del capital comprometido no puede representar exactamente el valor moral y material de la empresa.

Las compañías trasatlánticas del Norte de Europa acaban de adoptar, de común acuerdo, una medida llamada á favorecer la competencia y de la que el público obtendrá señalados beneficios.

Consiste en rebajar hasta 50 francos el precio del pasaje en tercera clase de Europa á América.

Esta medida es una consecuencia directa del antiguo «trust» del Océano, del que tanto se habló en los últimos años.

Las compañías alemanas de Hamburgo, las empresas de navegación inglesas y americanas constituyeron ese «trust» formidable, que de subsistir, hubiera destruido para siempre el gran comercio marítimo francés.

«Este, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.»

Esto, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.

Al frente de este otro universo, de ese cosmos, se colocaría arrebatado por su vanidad más bien que guiado por su razón, el hombre, ese «genus homo», con todas sus variedades: sus naciones, sus provincias y sus cuasi especies.

La historia del hombre por sí sola equivaldría á un millón de volúmenes, porque no hay ni puede haber dos hombres iguales enteramente, lo que hace casi imposible la tarea del novelista y le suministra á siempre nuevas ideas que enriquecen su obra y que hacen, según el escritor francés, «un mundo de hombres» á un mundo de cosas.

Se podría después la serie de los monjes; vendrían luego el elefante, el perro, el caballo, el castor, el zorro, la abeja, etc., hasta que se hubiese llegado al último límite de lo que se supone, que se mueve espontáneamente, único carácter que distingue al animal de la planta. La otra misma no se mueve sino á medias.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 237

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 238

LOS DOS HERMANOS

241

«Este, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.»

«Este, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.»

«Este, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.»

«Este, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.»

«Este, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.»

«Este, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.»

«Este, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.»

«Este, bien examinado, no es tan absurdo como á primera vista parece. Nos encontraríamos desde luego con Dios, la gran causa, el Sér supremo, el invencible. Vendría enseguida toda esa serie luminosa de los que llamamos espíritus, porque no podemos percibirlos con los sentidos, bien que tengamos pruebas inconcusas de su existencia.»